

37: La guerra de los trajes - La carrera perfecta

- [37: La guerra de los trajes - La carrera perfecta](#)

37: La guerra de los trajes - La carrera perfecta

Unos minutos antes del enfrentamiento, Ryan se encontraba sentado tras Vulcan, dentro de su robot, ambos cómplices en aquella aventura, observando la sede de Dynamis a través de una pantalla de computadora. La torre parecía una mazmorra final de algún videojuego, con enemigos cada vez más peligrosos que protegían cada piso, y el jefe en la cima. Casi hizo que Ryan deseara una misión suicida, pero eso sería para otra ocasión.

Su traje lo esperaba.

“¿Deberías estar bebiendo mientras conduces?” preguntó el mensajero a Vulcan, quien acababa de terminar una botella de vodka.

“No he bebido lo suficiente para sentir efectos,” respondió ella, abriendo un compartimento oculto y colocando allí la botella vacía. Ryan notó varias otras botellas en el lugar, incluyendo un vino de Burdeos y algunas delicadezas más. Vulcan aumentó aún más en la estima del mensajero por su exquisito gusto.

“¿Tienes minibar?”

“Soy una genia,” respondió ella con una sonrisa sardónica. “Quizá ponga uno en tu armadura cuando la haga. Estoy pensando en algo elegante, optimizado para combate cuerpo a cuerpo.”

“Honestamente, preferiría un Megazord.” ¿Y si tuviera un modo animal con temática de panda?

“¿De esos programas japoneses-estadounidenses?” hizo una mueca de desprecio. “¡Son pura extravagancia!”

“Vamos, no escupas sobre mi infancia,” se quejó Ryan, entrecerrando los ojos. “¿Es en serio que también los viste?”

“Busqué inspiración en muchas series de ciencia ficción,” admitió Vulcan con una expresión de vergüenza breve, antes de cambiar de tema. “De todas formas, ya terminé de escanear la zona, y estamos listos.”

“¿Entonces entramos?”

Vulcan le echó un vistazo por encima del hombro, con Ryan recargado sobre su espalda por la falta de espacio en la cabina.

Eso pudo haber sonado un poco crudo.

“Estudié sus defensas,” le dijo Vulcan antes de concentrarse nuevamente en la pantalla. “Tenía muchas ganas de probar mi sistema de sigilo en Dynamis, pero nunca se dio la oportunidad. Aún no puedo creer que Livia dio su aprobación, especialmente si no sabe en qué terminará esto.”

“Ella aprobó porque no sabe,” señaló Ryan. La princesa mafiosa parecía tan desesperada como él por un entretenimiento nuevo y sorprendente. “Gracias por ayudar.”

“No intentaría eso si Alphonse Manada estuviera en la ciudad, aunque sea para tu rostro bonito,” admitió Vulcan. “Ese tipo despiadado es todo lo que su hermano no es. Incluso sin él cerca, tenemos minutos antes de que envíen a los más pesados tras nosotros; después, estaremos fritos. Toma el traje y no te pongas a jugar.”

¿Ni siquiera un poquito?

“No juegues, Ryan,” respondió Vulcan firmemente, señalando el edificio justo al lado de la sede de Dynamis, el torreón Il Migliore. “Sus mejores pueden enfrentarse a los nuestros, y esa es su tierra. Se moverán para reforzar áreas estratégicas como los laboratorios una vez que suenen la alarma, pero la confusión solo nos dará un poco más de tiempo. Ahora, quédate cerca de mí.”

Ryan suspiró, consolándose con la idea de finalmente conseguir un traje de lana de cachemira.

En preparación para este momento fatídico, el mensajero dejó la mayor parte de su ropa en la casa de Jamie, excepto sus pantalones, camisa, máscara y sombrero. Lo único que se llevó fue su peluche, por demasiado peligroso para dejarlo sin vigilancia; Vulcan lo guardó en un compartimento dentro del robot, sellando su maldad.

Vulcan hizo que su robot despegara de su posición actual y se elevara sobre la Nueva Roma, cubriendo su cáscara metálica con algún tipo de camuflaje. Podría engañar a los radares y defensas con drones de Dynamis, al menos hasta el impacto.

El robot de Vulcan aceleró rápidamente, la fuerza G aumentó hasta que Ryan no tuvo más remedio que aferrarse a la piloto para no ser lanzado hacia atrás. Podía ver el edificio de Dynamis acercarse cada vez más en la pantalla, drones en forma de alas volando alrededor del perímetro. La combinación de velocidad, baja altitud y sigilo ocultaba la armadura de poder a simple vista.

Y entonces, el robot impactó contra el edificio como un misil, quebrando las ventanas del vigésimo piso y la mayor parte de su techo. Vulcan atravesó muebles, líneas de ensamblaje y armarios antes de detenerse finalmente.

—¡Vámonos, vámonos! —gritó Vulcan a Ryan mientras se abría la cabina, y el mensajero emergió inmediatamente del robot.

La fábrica de lana de Dynamis era un piso limpio, carente de cualquier sensación de calidez o color, con brazos mecánicos sustituyendo a los humanos en la línea de producción. Solo algunos escritorios vigilaban las cadenas de montaje, y como en cada uno había una computadora,

probablemente pertenecían a ingenieros. Dos ascensores y escaleras conectaban ese piso con el resto del edificio al sur de la posición de los dos.

Las alarmas comenzaron a resonar en toda la planta, los paneles metálicos cerraron las ventanas exteriores y las cámaras de seguridad enfocaron de inmediato a los intrusos.

Ryan no les prestó atención. Una canción gregoriana en su cabeza disipaba todo ruido exterior, concentrándose por completo en algo sacado de sus sueños más salvajes.

Los trajes de lana de cachemira recién hechos estaban reunidos en un armario cercano a su posición, cada uno en un color diferente. Entre ellos, había uno teñido de púrpura, con pantalones incluidos.

El traje perfecto había estado esperándolo todo el tiempo.

Ningún hombre sería insensible a una vista así, y Ryan no fue la excepción. Con cuidado, tocó esa tela de lujo con sus manos desnudas, sintiendo la textura, el calor, el peso de los mil euros gastados en hacer realidad esa visión celestial. Sacó ese elegante traje del armario, gozando de su esplendor.

De repente, Ryan decidió que la existencia no era un sinsentido. Todos los conflictos en la historia de la humanidad habían valido la pena, porque llevaron a la creación de ese traje.

—¡Ryan! —le gritó Vulcan desde su robot, cada vez más tensa y ansiosa. La máquina debía bajarse para no golpear el techo. —¿Qué diablos esperas?

—Lo siento... —Ryan tuvo que reprimir lágrimas de alegría—. Esto... esto es el significado de la vida.

Desafortunadamente, nuevos llegados decidieron interrumpir su revelación divina.

Un escuadrón de seis hombres en armadura de poder blanca salió de los dos ascensores, escoltando a Blackthorn. El ejecutivo de Dynamis terminó de ajustar su traje como si se preparara para una reunión, en lugar de una pelea.

—Señor Romano, señorita Sharif —dijo Enrique Manada, siempre cortés y seco—. Si deseaban hacer una cita nocturna, con mucho gusto habríamos tenido una recepcionista en el piso de abajo.

Sus soldados apuntaron sus armas, potentes rifles láser, hacia los dos Augusti Genomes. Vulcan levantó su propio cañón-brazo en señal de advertencia, y los dos grupos quedaron en una tensa confrontación. —No acepto citas —declaró el Genio, intentando sonar imponente—, ellas me las impongo.

Ryan gimió por su falta de ingenio. Necesitaba que alguien le diera unos consejos en ese ámbito.

—Tu ataque está condenado al fracaso —dijo Enrique con confianza helada—. Los laboratorios están seguros, Don Héctor está en otro lugar, y nuestros héroes llegarán en cualquier momento.

No entiendo qué intentas aquí, pero esto era un acto suicida.

—Oh, un minuto está bien —replicó Ryan, caminando hacia el robot de Vulcan—. Acabamos de terminar nuestras compras y nos iremos en seguida.

—No lograrás— —Blackthorn de repente se detuvo, su compostura perturbada por algo por primera vez en la conversación—. Espera, ¿qué quieres decir con compras? No entiendo.

Ryan señaló su camisa con el pulgar.

—Bien.

Ryan detuvo el tiempo y, cuando volvió a comenzar, estaba vestido únicamente con sus calzoncillos. Solo conservaba su máscara, sombrero y calzoncillos, el resto de su ropa yacía en el suelo.

Seis rifles láser fueron apuntados instantáneamente hacia él: cinco dirigidos a su cabeza y uno a su entrepierna, su arma más potente con diferencia. “¡Detrás de mí, señor, va a hacerte una descarga!” dijo un soldado, adelantándose a un Enrique Manada sin palabras.

Ryan ignoró la advertencia, incluso cuando toda la escuadra parecía lista para reducirlo a cenizas en un instante. Lentamente, se colocó el traje, poniendo los pantalones al final, sin prestar atención a la tensión que impregnaba la habitación. Nadie se atrevió a interrumpirle; su determinación pura y lo absurdo de la situación acaparaban toda la atención.

“Mucho mejor.”

Una vez vestido, Ryan empezó a abotonar lentamente el traje.

De manera pausada.

Metódicamente.

Con cariño.

Finalmente, tras vestirse por completo, Ryan colocó las manos en la cintura. Los colores del traje combinaban a la perfección con su máscara y sombrero, haciéndolo lucir espectacular. Como debe lucir el atuendo de cualquier Genoma.

“Perfecto.”

Por un breve instante, nadie se atrevió a pronunciar palabra.

Enrique Manada miró al mensajero, quedando sin palabras ante el deslumbrante glamour del manipulador del tiempo. El gerente de Il Migliore observó el traje, luego a Vulcan, y finalmente a sus hombres; ellos se encogieron de hombros confundidos, por lo que él volvió la vista hacia Quicksave.

“Has... has invadido nuestra sede... amenazado con iniciar una guerra... por un traje...” Enrique parecía incapaz de completar una oración, interrumpiéndose cada vez que intentaba decir más de cinco palabras. Seguía levantando y bajando la mano como si quisiera señalar algo, pero sin poder concluir su gesto. “No por los Elixires... ni Don Héctor... sino por un traje...”

El Gerente de Marca se volvió tan rígido y sin vida como un anuncio de Dynamis.

“¿Señor?” Uno de los soldados blindados volteó hacia Enrique, manteniendo su rifle apuntado a la entrepierna de Quicksave. “Señor, ¿qué hacemos? Señor.”

“No puede ser... esto tiene que ser una distracción... no puede ser tan estúpido...”

“Creo que has hecho que su cerebro se vuelva totalmente loco, Quicksave,” musitó Vulcan en voz alta, su brazo cañón aún apuntando a la escuadra de Dynamis.

“Yo...,” Enrique sacudió la cabeza, aún sin poder recuperar la compostura. “Estoy intentando asimilar la absoluta estupidez involucrada.”

“Oh,” dijo Ryan, “y yo pensaba que tú eras el inteligente.”

El insulto hizo que Blackthorn reaccionara de inmediato. La rosa en su traje de negocios creció hasta el tamaño de un pequeño cañón y disparó una andanada de espinas afiladas hacia Quicksave, quien esquivó con una combinación de detención en el tiempo y escondiéndose tras el escritorio más cercano.

Vulcan abrió fuego inmediatamente con su armamento, solo para que uno de los soldados blindados protegiera a Enrique con su cuerpo. La armadura de poder resistió una granada de artillería, aunque hizo que el guardaespaldas tropezara. El resto de la escuadra respondió con láseres, apuntando primero a Vulcan.

“¡Fuéltenlos!” ordenó Enrique, mientras agarraba una pistola Beretta escondida dentro de su traje, con una ligera ira atravesando su compostura. Su rosa cayó de su disfraz y empezó a crecer hasta dimensiones colosales, convirtiéndose en una abominación de espinas y vides retorcidas.

Ryan asomó la cabeza sobre el escritorio, para luego esconderse rápidamente tras él, un láser que rozó su cabeza y acabó quemando su sombrero, su prenda más preciada. La situación se había degenerado en un tiroteo abierto, láseres y proyectiles de artillería cruzándose en todas direcciones. El techo empezó a colapsar sobre ellos, sillas y objetos de oficina caían por los enormes agujeros que se abrían.

“¡Romano!” Enrique Manada apuntó su pistola al mensajero, mientras las vides furiosas se movían para rodearlo. “¡Suelta ese traje de cachemira!”

“¡Quédate atrás!” gritó Ryan desde su escondite, al notar unos lápices y un boceto del traje sobre el escritorio. “¡Tengo una botella de Roundup y no tengo miedo de usarla!”

“Esta vez han ido demasiado lejos,” gruñó Enrique, con su orgullo herido. “¿Creen que esto es un juego? ¿Están drogados?”

“¡Por supuesto que sí!” Ryan detuvo el tiempo mientras enredaderas se lanzaban desde todas direcciones hacia él, saltando sobre el escritorio y agarrando los lápices al mismo tiempo. Cuando el tiempo volvió a fluir, la mutante de Blackthorn se alzó, aplastando el lugar donde antes se escondía el mensajero.

Enrique reaccionó apuntándole con su pistola en el pecho. Ryan arrojó los lápices con precisión casi sobrehumana a la mano del gerente, obligándolo a soltar su arma. Sin embargo, antes de que el mensajero pudiera llegar a Blackthorn, raíces del tamaño de una cuerda atravesaron el techo e intentaron agarrarlo por el cuello como una soga.

Vaya, así que el gerente de Il Migliore no solo podía controlar las plantas en un radio amplio, sino que también potenciar su crecimiento.

“Supongo que deberías haberte llamado ‘VerdeMano’,” bromeó Ryan con Enrique, aunque se vio obligado a huir para evitar las plantas mortales. El mensajero corrió hacia el robot de Vulcan, logrando agarrar su ropa vieja en el suelo mientras una laser apenas rozaba su hombro.

“¡Bro—” ordenó Vulcan, abriendo la cabina. Ryan volvió a detener el tiempo, se subió a la espalda del robot, y luego se deslizó dentro, “—n!”

Sin pausa, Vulcan cerró la cabina y activó los propulsores. El robot atravesó de frente las láminas de metal que cubrían las ventanas, resistiendo laser y enredaderas gruesas. Las aberraciones vegetales no pudieron alcanzarlo una vez que el robot escapó del edificio, con Enrique mirando a través del boquete en la ventana.

Los drones de Dynamis, en cuanto detectaron, comenzaron la persecución y dispararon contra Vulcan, quien respondió acelerando. Ryan tuvo que sujetar a la Genio por la cintura para evitar ser lanzado hacia atrás por la fuerza centrífuga, mientras la máquina volaba hacia el Mediterráneo.

Vulcan continuó aumentando la velocidad y bajó la altitud, hasta que su robot casi tocó las aguas, alejando a los drones. Tras cinco minutos de persecución, el robot perdió a sus cazadores y desaceleró.

Una vez a salvo, Vulcan y Ryan se miraron, aún llenos de adrenalina, y estallaron en vítores y gritos de victoria.

“¡Eso fue espectacular!” exclamó Vulcan, radiante de alegría.

“Sí, total. ¡Es cómodo y elegante!” Ryan inspeccionaba su nuevo traje. “¡Como si hubiera sido hecho para mí!”

“No puedo esperar a ver las noticias mañana por la mañana y el comunicado de prensa de Dynamis!” Vulcan sonrió de oreja a oreja. “Valió la pena solo por ver la cara de esa bestia de Manada cuando trate de explicar esto. ¡Ni siquiera puede disimularlo!”

“¿Así que ganamos la apuesta, jefe?” preguntó Ryan con alegría.

“Claro que sí, ¡de sobra!” respondió Vulcan con una carcajada. “Con facilidad.”

“Espero que haya un premio,” dijo Ryan con sequedad al ver una notificación en la pantalla.

“Parece que estamos recibiendo una llamada.”

“Es el canal inactivo de mis viejos días en Dynamis,” dijo Vulcan al contestar.

“Sharif, ¿realmente entiendes lo que has hecho?” habló Enrique al otro lado de la radio. “¿Arruinar nuestra sede para robar un traje de cachemira? ¿Crees que tienes impunidad?”

“Deberías agradecerme por poner a prueba tus defensas,” replicó Vulcan con una sonrisa.

“Dynamis no se quedará de brazos cruzados,” contestó Enrique con tono amenazante. “Esta vez, has escupido en un volcán.”

Vulcan cortó la comunicación y respondió: “¿Y ahora qué sigue, jefe?” preguntó Ryan. “Supongo que tú eres quien conduce, después de todo.”

“Jazmín. Solo puedes llamarme Jazmín cuando no haya nadie cerca.” Ella revisaba las pantallas, asegurándose de que nadie las siguiera hasta ahora, pero su dispositivo de sigilo funcionaba a la perfección. “Nos vamos a casa.”

— La casa de Jamie está en la otra dirección. —

Jazmín le echó un vistazo por encima del hombro, mirándolo como si fuera el más tonto que había conocido. — Vamos a mi casa. —

Oh.

Ryan analizó su propuesta, y aunque por un momento le faltaron las palabras, de inmediato se le ocurrió algo.

— ¿Wyvern es la palabra de seguridad? —

La mano de Vulcano se lanzó hacia el cabello de Ryan, lo agarró y forzó su cabeza a acercarse a la suya, a solo un centímetro. — Sí, lo es, bocazas, — dijo el Genio, mostrando sus dientes desnudos, — pero advertencia de spoiler.

Vulcano susurró en su oído.

— No voy a escucharme. —